

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Luisa Ortiz, 82 años

Mar Cué, 27 años

CARNAVALADAS DE INVIERNO

Desde El Xerrón a San Julián de Bimenes hay apenas dos kilómetros de buen asfalto. Casi siempre se sube en coche y una vez conocido el camino, no hay pérdida. Luisa está acostumbrada a llevar visitas. Grupos de jóvenes y familias que le alquilan su casa, la misma donde nació y en la que también se ha criado su madre. “Se asustan al verme. A veces llegan desde muy lejos y se encuentran conmigo, una vieja, a la puerta de la iglesia. Me preguntan por la casa, por si es nueva, y no les miento: está muy bien, recién restaurada, muy bonita... pero ya debe rondar los doscientos años. Después les digo que me sigan, que soy la del coche blanco. No se creen que sea yo la que conduzca, se les nota la duda en la cara. Van preguntándose todo el trayecto dónde se han metido, pero al final, repiten”.

Luisa me mira con picardía mientras me sirve un buen pedazo de tarta y un café. Ha pasado la barrera de los ochenta, no los aparenta y lo sabe. Sus ojos son vivos, sus movimientos ágiles y su tez parece haber ignorado las fatigas del trabajo en el campo. Siempre se le ha dado bien la tierra y a fuerza de necesidad se han hecho amigas. Desde que dejó el pueblo y se vino a vivir con su hija, hace menos de un año, ha conseguido transformar una esquina de insustancial jardín en un productivo huerto que vigila incluso entre los sueños de la siesta, recostada en la hamaca del jardín. Fue allí donde un día, no hace mucho, le sorprendió una cámara de televisión naufragando en el verde. Le venían a dar un premio, reconocimiento del Municipio de la Sidra a sus años de trabajo. “Me puse de mal humor por la sorpresa. Estaba allí, con mi ropa de labor y, de repente, llegaron unos desconocidos diciéndome lo del premio ¡Y grabándome! No tenía ni idea de a qué venía tanta zarandaja”. Organizaron un homenaje con una gran cena y un vídeo con imágenes de su vida. “Lo pasamos muy bien pero, de entre tantos invitados, apenas conocía a nadie”. Aun hoy se pregunta si no habrán sacado su nombre de un sorteo o se habrán confundido en la entrega.

Del pasado recuerda el hambre y algún robo fugaz de comida, los pocos días de escuela y los muchos en los que ni la maestra podía atravesar el camino embarrado que llevaba al aula: “Entonces me ponían a mí de sustituta y cuando algún chico de los mayores me hacía una pregunta para la que no tenía respuesta, le castigaba”. Después estaba el trabajo en la tierra y los asuntos del pueblo. En las fiestas creaban divertidas carnavaladas con las que burlar lo sucedido a lo largo del año. Luisa entona una, no la más divertida, sino a la que más cariño guarda:

Llera en el mes de febrero, lunes por la mañana
En casa Pepa la Tuerta el gallu cacarexiaba
Faciendo su San Martín lleva toda la semana
Y levantábase tardi porque diz que está cansada
Al dir a encender el llar vio la masera entornada
Abierto el escudilleru y en vasu roto la xarra
Y una riestra de morcielles del so baral-y faltaba
Y el gatu la vecina saltaba por la ventana
Al ver aquel estropiciu ¿Qué fai Pepa?
Garra un hacha
Salió muy despavorida

Recordar, compartir, aprender

Y vio el gatu en la corrada
Comiendo les sus morciellas en sin plato ni cuchara
Ella pego-i con la foz tan terrible cuchillada
Que dejolo patitiesu pa' que más no se alendara
Y Xuaca en cuanto vió que el gatu estiró la pata
Garró de baxo del horreu una zubiella muy llarga
“¡Ven acá felpeyonaza! ¿El gatu que te estorbaba?
Si te comió les morcielles ¿Pa' qué no echastes la aldaba?
Yo a ti si que te voy a echar las mios uñes mala castra
Cochina, marrana, puerca
Ven, ven... que te voy a dar con el hacha
Eso si veremos-ver quien llevará el gatu al agua
Por lo pronto van purrite una buena zubillada”
Así rañaben les dos esmesándose la cara
Los pelos espadecidos y la ropa esbedellada
“¡Ay que me arranquen la oreya!”
“Dexame la saya”
“¡Auxilio que me estocina esta gocha tan marrana!”
Acudieron los vecinos y el pueblo se aglomeraba
Y en poder de la justicia encomendose la causa.
Les costes pagoles Pepa
Y pagó les morcielles Xuaca.
Esto pasó en el Xerrón según Gervasia contaba
Por ser martes de Antroxu
Sirvió de carnavalada

Gervasia era su madre y lo relatado en la carnavalada era, como en todas, un hecho que realmente había sucedido en el pueblo. Luisa compuso las estrofas y desde entonces, no existe fiesta en la que no regale una carnavalada familiar. A veces no tiene ganas o amenaza con olvidarse de escribirla, pero todos insisten y le regalan libretas para que nunca le falte donde escribir.

De repente suena el teléfono y Luisa desaparece por unos instantes. La conversación es concisa y corta, Luisa endurece la voz. Al colgar vuelve con un misterioso gesto de satisfacción: “Estoy negociando la venta de un terreno”. Intento encontrar un espacio para la añoranza del pueblo, del día a día entre sus calles, pero no lo hallo. La nostalgia es cosa del pasado, de todo lo que ha vivido allí pero que ya no existe. Ahora su vida está en otro lugar, en otro punto: Aquel en el que está su hija, su yerno, sus nietos y su bisnieto; el huerto, el alquiler de la casa y sus amigas. Cuando quiere conjurar el miedo al olvido vuelve a sus libretas y escribe un buen rato. Enraizada como está a su tierra no le hace falta más. Su recuerdo está donde estén los suyos, a salvo entre tapas de cartón como candado de siete llaves.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Los caminos embarrados de El Xerrón han acabado por sucumbir a la lógica de los nuevos tiempos, al igual que el jardín no ha tenido más remedio que rendirse al huerto. Cada año de la vida de Luisa ha traído una sorpresa que afrontar. En algunas ocasiones tomaba la forma de un homenaje inesperado, otras la enfermedad de aquel a quien más quieres, pero la solución era siempre la misma: estar ahí, día tras día, con la misma paciencia con la que se dedicaba al campo. El enemigo no es el tiempo, es el elemento fugaz de la vida y es

